

Zomo newen

Relatos de vida de mujeres
mapuche en su lucha por los
derechos indígenas

Elisa García Mingo (Coordinadora)

Anita Epulef

Petronila Catrileo

Elisa Loncon

María Isabel Lara Millapan

Adriana Paredes Pindatray

Mireya Manquepillán

Millaray Garrido Paillalef

Isabel Cañet

Índice

Agradecimientos | 9

A modo de prólogo.

Una declaración de intenciones | 11

Nuevos aires de resistencia.

Mujeres mapuche, lucha política y transformación social | 17

Elisa García Mingo

El sabor de la tierra | 89 Anita

Epulef

Las manos de la flor del canelo | 113

Petronila Catrileo

La lucha por la palabra de la tierra | 135 Elisa

Loncon

Kimün y Dungun de Kinturayen | 161

María Isabel Lara Millapan

La pluma del Picaflor del agua | 175

Adriana Paredes Pindatray

El poder de la radio | 205 Mireya

Manquepillán

Zomo weichan | 227

Millaray Garrido Paillalef

Participación política en los nuevos tiempos del Wallmapu | 251

Isabel Cañet

La lucha por la palabra de la tierra

Elisa Loncon

Infancia en Malleco

Soy Elisa Loncon, trabajo en la Universidad de Santiago y soy académica del Departamento de Educación. Además, soy coordinadora de la Red por los Derechos Educativos y Lingüísticos de los pueblos indígenas de Chile. Soy nacida en una comunidad mapuche que se llama Lefweluan («donde corren los guanacos»), ubicada en la provincia de Malleco. Soy hablante bilingüe de cuna porque nací en un hogar bilingüe, donde ya se hablaba español y *mapudungun*. Después, con el paso del tiempo, me fui a estudiar inglés y soy profesora de inglés también, pero no ejerzo haciendo clases de inglés, sino que trabajo en educación aquí en la universidad y también en la educación intercultural bilingüe, promoviendo la enseñanza del *mapudungun*.

Nací en una comunidad pequeña ubicada a ocho kilómetros de la ciudad de Traiguén. Estudié en el colegio de la comunidad hasta cuarto básico y en quinto me tuve que ir a la ciudad porque el colegio ya no tenía niveles escolares más altos. Entonces me fui a estudiar a la Escuela de Niñas de Traiguén, que era una escuela pública considerada de buen rendimiento académico. Después de eso hice la enseñanza media en el Liceo de Niñas de Traiguén también. Yo había entrado muy chica a la escuela porque éramos muchos hermanos y era una cuestión de necesidad, era muy inquieta. Somos siete hermanos, yo soy la del medio; éramos muy seguidos, por eso a los cinco años me mandaron a la escuela. Sin hacer kinder ni nada empecé a estudiar. Me mandaron para entretenerme y yo seguí pasando de curso en curso. Este hecho hizo que yo saliera muy joven de la universidad. Tenía veintidós años cuando terminé la carrera de profesora de inglés.

Pasé mi infancia en una casa grande, en el seno de una familia numerosa. A veces llegábamos a ser catorce personas porque vivíamos el papá, la mamá, mis hermanos, mi abuela materna, la tía materna y dos primos. Mi papá recibía en la casa a otros niños que no tenían padres; y por otro lado, otros familiares que también andaban en la comunidad sin tierras o sin trabajo se quedaban con nosotros.

Mi comunidad fue duramente golpeada por la ocupación militar después de 1883. Cuando acabó la guerra en La Araucanía, se perdieron las tierras de la comunidad y la pobreza se instaló con fuerza. También la discriminación la tuvimos que vivir, porque en el lugar más importante de nuestra comunidad se instaló un vertedero donde llevaban toda la basura de la ciudad a nuestras tierras. En aquella época, la dificultad de la sobrevivencia era absoluta y había que trabajar desde pequeños. A nosotros nos tocó trabajar; de hecho, no conocimos familia en la que no trabajaran todos, incluyendo niños; todos tenían que salir para buscar sustento para su familia. Vivimos una vida bastante comunitaria. Era una convivencia colaborativa en la familia, porque todos teníamos tareas que cumplir desde pequeños tuvimos muchas responsabilidades. Cuando el campo ya no daba para mantenernos, porque era muy poca y muy mala la tierra, mi papá empezó a trabajar como maestro de muebles. Aprendió el oficio de mueblista, se instaló en la ciudad y hacía ventanas, mesas y muebles en madera. La poca tierra que tenía la trabajaba mi mamá y nosotros ayudábamos. Esa fue la manera que encontraron para criarnos a siete niños; fue maratónica su vida.

Mi papá estaba en la ciudad de lunes a sábado y los domingos iba al campo a reunirse con la comunidad. Cuando nosotros empezamos a ir a las escuelas de la ciudad, nos quedábamos en el taller de mi papá a alojar. Él dividió el taller y montó una habitación donde había cocina y tenía unas camas. Si no alcanzábamos a tomar la micro para volver al campo, nos quedábamos a alojar con él y nosotros mismos nos preparábamos los alimentos mientras él trabajaba la madera. Fue una manera muy bonita de crecer también para mí, porque mi papá me enseñó mucho sobre la madera. Yo tengo una relación muy bonita con la madera desde entonces; me transmite

mucha ternura, por su olor y sus formas. Mi papá era una persona relajada: cuando trabajaba siempre estaba cantando, ¡cantando!... nunca se sentía el estrés de la vida con él.

Nosotros aprendimos el *mapudungun* en la casa. Mi abuela hablaba, mi padre hablaba, mi madre hablaba y la tía hablaba. Los tíos que llegaban a visitar también hablaban. Había un tío que llegaba, que era el contador de cuentos de la comunidad, un *epewtufe*, y él pasaba meses en nuestra casa. No tenía casi tierras, por eso estuvo mucho tiempo trabajando en Santiago y después se regresó y se fue a instalar un tiempo en mi casa. Por eso pasaba mucho tiempo con nosotros y nos entretenía mucho contándonos cuentos de la cultura mapuche.

Nosotros crecimos en un ambiente de bilingüismo. Mi mamá ya había ido a la escuela; alcanzó a estudiar hasta tercero básico en su comunidad en Quetrahue. Su padre la envió a la escuela a ella porque era la mayor, pero la sacó cuando alcanzó el tercer grado, porque su padre le dijo que era necesario que se saliera ya que había que educar a los niños más chicos, que eran hombres. El abuelo materno sacó de la escuela a las dos hijas mayores y trabajó con ellas para educar a los hijos menores que eran hombres. En su concepción, era lo correcto, porque las hijas le ayudaban en el trabajo. Mi mamá alcanzó hasta tercero. Por lo menos ya sabía leer y escribir cuando se casó con mi papá. Su padre, mi abuelo, trabajaba arrendando tierras, y como no tenía medios, hizo que sus hijas trabajaran como si fueran sus empleadas. Él arrendaba tierras a los vecinos, trabajaba en los fundos para después repartir sus ganancias con el patrón; estas eran antiguas tierras mapuche e iba allá con las hijas a trabajar; sus hijas trabajaban duro y descalzas, era una vida muy dura.

Mi mamá se casó con mi papá, que también había tenido una vida dura de niño y de joven. Nacimos nosotros, el primer hijo hombre, luego cinco mujeres y el último hombre. Mi papá había vivido todo un proceso de humillación desde niño en los fundos. Salió a trabajar de su casa cuando tenía nueve años y así conoció la humillación y la discriminación. Conoció el no tener dónde dormir y conoció lo que era comer en un tarro. Vivió experiencias muy duras, y en su

dureza de vida, desde su experiencia, él dijo que si podía, si algún día tenía familia, él iba a educar a sus hijos pasara lo que pasara.

Orgullo mapuche en tiempos difíciles

Ser mapuche era para mi familia algo importante, porque tanto mi papá como mi mamá venían de familias que lucharon siempre por las tierras y la dignidad mapuche. El abuelo materno y el bisabuelo paterno tuvieron roles ancestrales importantes en nuestro territorio. Mi papá nunca fue a la escuela, aprendió a leer a los diecisiete años en el fundo, gracias a que un campesino le enseñó. Después, él se preocupó de estudiar por su cuenta y era una persona muy libre, yo creo que debido a que no conoció la humillación de la escuela porque no fue. Tampoco conoció la humillación de la Iglesia, porque mi abuela y mi abuelo nunca creyeron en eso, y así es como él desarrolló un pensamiento muy libre. Empezó a estudiar, compró libros y después aprendió a escribir. Tenía una máquina de escribir, donde escribía los casos de problemas de tierras de la gente. Hasta llegó a organizar sindicatos en el campo. Él nunca asumió la derrota, nunca se dio por vencido frente a todas las humillaciones que ocurrían entonces. Mi padre venía de una familia que luchó contra la ocupación territorial: la familia Loncomil. Los Loncomil nunca se rindieron y entonces a nosotros nos inculcaron eso de que nuestros antepasados nunca se rindieron. Nos enseñaron que nunca nos teníamos que rendir frente a ninguna situación.

Para nosotros, ser mapuche significaba tener orgullo, tener dignidad, tener esfuerzo, tener idioma, tener historias y tener cuentos. Era y es todo eso. Nos dieron una vida muy mapuche en esa casa grande a la que venía el tío a contar las historias de nuestro pueblo. Ahí había mucha riqueza. Desde chiquititos nos avisaron que íbamos a tener problemas porque nos iban a decir «indios» y nos enseñaron a defendernos con razones, porque no éramos indios. Nos enseñaron que había sido una equivocación histórica, porque los españoles pensaron que habían llegado a la India, pero no era así. Mi papá nunca fue a la escuela, pero él se preocupó de enseñarnos eso.

No todas las familias de la comunidad eran como la nuestra. Mi familia fue la que más tradición guardó. Había otras familias tradicionales como la nuestra, pero a ellos los venció el vino. La

ocupación militar de la tierra también trajo la instalación del alcohol consumido en pipas; yo no las vi, pero mi papá nos contaba cómo llegó el alcohol a las ceremonias. Iban los nuevos dueños de las tierras, los chilenos o los alemanes, y les instalaban las pipas de vino a la gente. Así fue como la gente se alcoholizó. En mi comunidad había gente que se alcoholizó, y a algunos, por el alcohol se les quemó la casa y perdieron todo. Fue una situación muy triste. Bebían hombres, mujeres... familias completas que al final terminaron yéndose de la comunidad y emigraron a Santiago, en busca de un mejor destino.

Lo que yo viví fue una mezcla de tradición, por un lado, y pérdida de la cultura por otro. Conocí la cultura mapuche, porque a mi casa llegaba gente de todos lados. Mi papá hacía reuniones y explicaba la historia de la comunidad y los organizaba. Las otras familias no pudieron educar a sus hijos, terminaron la escuelita del campo y no pudieron llevarlos a la escuela de la ciudad, por falta de recursos económicos. Creo que el alcohol se instaló en nuestra comunidad porque era una comunidad que sintió mucho perder la guerra. Ellos eran aliados de Quilapán y les golpeó muy duro la ocupación de sus tierras. Mi bisabuelo llegó hasta Temuco para defender la ciudad cuando los Coñoepan pusieron bandera blanca el 1883 en señal de rendición, según la historia oral de mi zona. Tanto como mi abuelo guerrearon contra los chilenos en 1883. Después de aquello, los abuelos sintieron la derrota en el cuerpo, y como eran familias de tradiciones y eran autoridades ancestrales, quedaron responsables del tema de las ceremonias e iban de ceremonia a ceremonia. Así pasaban meses, y mientras andaban en la ceremonia, dejaban a sus dos hijos, mi padre y mi tía con otro abuelo que los cuidaba.

Los niños se quedaban cuidando los animales y la familia deshecha. Yo no conocí a mi abuelo, porque murió de una enfermedad al pulmón muy joven. Yo, pensando desde ahora, imagino el dolor que tuvo que sentir mi papá, que siempre decía que nunca iba a dejar solos a los hijos. Él logró cambiar su destino, porque su destino era igual ser borracho también; pero él, en esa soledad de su infancia, después de sentir todo ese dolor, decidió que no iba a hacer eso con sus hijos. Así fue como empezó a estudiar, leer y se llenó de sueños. No sólo él fue un hombre muy valiente,

también lo fue mi mamá, aunque tuvo una historia diferente. Mi mamá entró en diálogo rápidamente con la sociedad chilena, porque la familia de mi mamá entró en la religión; se hicieron evangélicos y ella iba todos los domingos a la reunión evangélica. Llegaron misioneros de Estados Unidos en los años sesenta y fueron ellos los gringos, los que trajeron la religión evangélica a las comunidades mapuche.

La familia de mi mamá vivía cerca de la familia italiana de Capitán Pastene. Mi abuelo materno, que se había quedado sin tierras, arrendaba tierras de otros para trabajarlas, y además aprendió a faenar cerdos, como los italianos. Al mismo tiempo que trabajaba las tierras, engordaba los cerdos, los mataba y sacaba manteca, queso, paté, embutidos... Ellos sobrevivieron en el contacto con el «otro» y aprendieron su manera de vivir. Cuando mi mamá llegó a la comunidad mía y empezó a criar los hijos sufrió la pobreza económica. En la comunidad las mujeres no salían a vender verduras a la ciudad, y mi mamá dice que fue tanta su desesperanza que se lanzó a vender verduras en la ciudad. Fue en un momento que los niños estaban sin comida, en la pobreza absoluta que trajo el haber perdido las tierras. Mi mamá fue de las primeras que cultivaron las hortalizas en la comunidad y salían a venderlas a las zonas urbanas; ahora vas a Traiguén y todas las señoras están vendiendo. Nosotros cuando niños también salíamos a vender verduras, leche, queso, huevos y de todo lo que pudiera dar la tierra y los animales. El fin de semana tomábamos el canasto e íbamos con la mamá a vender y nos distribuíamos las tareas. Así fue como en mi familia pudimos vencer la situación de pobreza, pero en la comunidad no todos lo pudieron hacer.

Nuestras comunidades pasaron procesos de transformación bastante fuertes. Muchos de los hijos de la familia salimos de las comunidades a las ciudades; de hecho algunos llegaron hasta Arica. Se produjo cierto desarraigo, porque salimos cuando éramos muy jóvenes. Cuando nosotros éramos niños, las cosas no eran como ahora, la información llegaba a la comunidad poco a poco. Por ejemplo, unos tíos nuestros habían estado cultivando arroz en Parral y después llegaban contando cosas. Recuerdo que, siendo yo muy chica, llegó contando un tío sobre Violeta Parra. Nosotros no

teníamos televisión ni nada, pero nos informábamos igual del mundo en la comunidad. Éramos una familia informada, una familia luchadora, que estaba atenta a lo que pasaba. Había una radio y así sabíamos lo que pasaba en tiempos de la Unidad Popular. Cuando éramos niños, escuchábamos todos los discursos. En ese tiempo sí había política, y aunque tuviéramos siete u ocho años, sabíamos de las disputas de los partidos, los gobiernos, y los seguíamos por sus discursos.

Recuerdo aquellos ratos en los que escuchábamos la radio. Hubo un verano que me dieron la misión de cuidar los gansos y los chanchos. Había que sacarlos a pastar y vigilar que no entraran a la huerta ni al sembrado. Yo llevaba siempre un tejido o algo para bordar, para estar haciendo algo más que estar con los animales, porque a mí me gustaba mucho bordar y tejer. A la hora del almuerzo había que encerrar a los cerdos y uno tenía que ir a la casa a almorzar. Mi mamá tenía la comida lista y nos sentábamos a escuchar las noticias. Mientras almorzaba escuchaba las noticias, descansaba y de nuevo después a volver a sacar a los gansos, porque después nosotros los vendíamos y con eso teníamos para los gastos. Teníamos una vida muy planificada y ordenada.

Después, cuando acabé la educación media, me fui al liceo de niñas en Traiguén, porque en ese tiempo estaban separados los hombres de las mujeres y, por tanto, había dos liceos. Yo vivía durante la semana en la casa de mi papá, en ese tallercito donde había un lugar para quedarnos, porque el liceo era de tiempo completo y no podía viajar todos los días al campo. Yo siempre estaba en un curso A, que eran los más elitistas, tenían los mejores rendimientos y los alumnos de menos edad y mejor nivel económico. Yo no llegaba por el nivel económico al A, sino que encajaba por mi edad y porque mi rendimiento no era malo, pero en el curso A no tenía muchas amigas, tuve una sola amiga. En ese liceo, además de mí había otra niña mapuche, pero que alcanzó sólo hasta segundo medio; cuando yo terminé el cuarto medio, era la única alumna mapuche. Tuve una adolescencia muy distinta a la de mis compañeras, porque yo tenía responsabilidades distintas a las de ellos: sabía que tenía que terminar el día viernes y me iba a trabajar al campo, y si era necesario, había que salir el sábado a

vender las verduras. Esa vida no la tenían las otras chicas y por eso yo me autoexcluía. Mi mundo no era el de ellas: ellas hablaban de cosas donde yo no entraba a la conversación, porque yo no encajaba ni vivía como ellas. Por otro lado, yo siempre supe que todo eso era transitorio y tenía una meta: quería estudiar en la universidad.

Me gustaba estudiar y sobre todo conocer cosas nuevas. Me encantaba la literatura y la historia, y en general todas las humanidades. Era muy solitaria y concentrada en mi mundo; entonces el tiempo que tenía lo dedicaba a estudiar. En mi familia era lo normal, porque todos mis hermanos tenían un adicional en términos académicos. Mi hermano mayor, por ejemplo, no terminó la enseñanza media y se fue a trabajar a Argentina, pero le encantaba la poesía, hacía obras de teatro y era alguien que pensaba más de lo habitual. Cuando mi papá iba a la escuela, a las reuniones del centro de padres donde le daban la evaluación de sus hijos, mi papá siempre terminaba llorando de emoción. Se emocionaba mucho porque él decía que nunca pisó un aula. Para él fue su desafío educarnos. Él nos proyectó, y como él no fue a la escuela, fue a través de nosotros.

Discriminación y brechas. Los sueños a veces se cumplen

El liceo en Traiguén era un liceo de provincia, y en las zonas rurales se ve que las brechas son fuertes. Muy pocos estudiantes campesinos llegaban a la universidad, pero yo me propuse, en segundo medio, ir a la universidad, algo que me parecía un gran reto. Un hijo adoptivo de mi padre que vivió en la casa, que ya era adulto y trabajaba como campesino, me dijo: «ya, yo te voy a ayudar». Él tampoco había acabado la educación básica, porque era huérfano de ambos padres. En un diario nacional salía una colección de cartillas para prepararse para dar la Prueba de Aptitud Académica y él fue comprando semanalmente el diario para que yo pudiera desarrollar los ejercicios y prepararme para la prueba. Él me ayudó mucho, porque lo que es apoyo directo de mis profesores nunca tuve. Sí tenía el estímulo indirecto de los profesores con mis notas, pero que un profesor cercano me haya dicho «Elisa, tú eres buena alumna» o «Elisa, tú te puedes ir a la universidad», eso nunca me lo dijeron.

Una vez, por casualidad, cuando estábamos en la sala de clase, escuché a una profesora que estaba conversando con un grupito de alumnas y decía: «sí, la Elisa queda para la universidad». No me lo dijo a mí, se lo dijo a ellas, pero yo lo escuché desde el otro lado y me dio confianza para seguir adelante.

Me fui a estudiar a Temuco, que queda a ochenta kilómetros de Traiguén. Cuando me fui a la universidad, me fui con dos compañeras de la escuela; una era una chica de origen italiano y la otra que era de origen alemán. Ellas ya conocían más mundo, porque como habían sido atletas, salían mucho a hacer competiciones. Ellas también sacaron puntaje para ir a la universidad y me propusieron que viajáramos las tres a Temuco para inscribirnos y nos fuimos a dedo. Ellas tenían amigos en Temuco, así que nos inscribimos en la universidad y después en la noche sus amigos nos invitaron al cine, vimos *El Expreso de Medianoche* y luego fuimos a una fiesta en una casa. Para mí era un mundo completamente distinto al mío; nunca había andado a dedo, no solía ir al cine ni ir a fiestas en la ciudad. En el liceo siempre había sentido la discriminación muy fuerte, y como era adolescente y tenía conciencia de ello, me dolía más.

Cuando adolescente, me hubiera gustado no haber nacido mapuche. Me preguntaba por qué no podía ser como las otras chicas que tenían un mejor pasar, con sus necesidades básicas resueltas, tener un lugar donde dormir, tener la comida diaria... Ellas estaban en su mundo, y aunque comprendía y no tenía rollos, a veces pensaba: «pucha, ¿por qué a mí me tocó esto?». Me preguntaba por qué había tenido que ocultar tantas cosas, por qué no hablé mi lengua en la enseñanza media, por qué no jugué con ellas. Fui acumulando avances en el rendimiento académico, pero también fui contando las situaciones de discriminación que tuve que pasar; situaciones en las que fui tratada de india, cuestiones muy fuertes que nadie reparó, porque se vivían con total normalidad.

Siempre me pareció terrible que nos consideraran como pueblo casi sin condición humana, ¿por qué?, ¿por qué se dijeron tantas cosas sobre nosotros que no tenían que ver con la realidad?, ¿por qué teníamos que nosotros sufrir tanta pobreza si nosotros veníamos de un pueblo que siempre fue dueño de esas tierras?, ¿por qué teníamos que sufrir tanto si en el fondo teníamos la capacidad

intelectiva súper instalada? Nosotros hemos sido objeto de todas las injusticias y, quizá eso igual les pasó a los campesinos o a los más pobres, no sé, lo que sé es que a nosotros nos costó mucho la vida. Cuando era joven, tenía cierta rabia con mi papá, porque él recibía dinero si vendía una mesa, si vendía algo y a veces no vendía nada... cuando no vendía nada no había comida. Yo tenía un tío que trabajaba en la fábrica de muebles y tenía dinero, salario mensual, y yo decía: ¿por qué mi papá no trabaja como él? Así no estaríamos pasando tanta pobreza, y me daba una rabia absoluta, pero me contenía. Nunca le dije nada, pero ahora que ya pasó todo, yo creo que si papá no lo hubiera hecho así, no sería lo que soy, lo que realmente somos.

El tema de saber quién eres desde pequeño te lleva a estar siempre diciéndolo, porque siempre tienen una idea equivocada tuya. Siempre existió la idea de que nosotros éramos borrachos y que éramos flojos; yo desde pequeña, como te decía, tuve que sobreponerme a eso y aclarar que no era así, entonces siempre hubo un desafío. Lo que yo viví en mi familia respecto al ser mapuche, era una «escuela paralela», porque la escuela a la que asistimos no afirmó en nosotros que fuéramos mapuche y que ser mapuche era algo valioso. Eso nunca lo dijeron ellos. Entonces nosotros lo fuimos haciendo de manera paralela, siempre continué haciendo esa escuela paralela, y todo el trabajo que he hecho ha seguido esa lógica, paralelo al sistema.

Universidad, militancia en *Ad-Mapu* y creación del CTT

Mi paso por la universidad en Temuco fue interesante porque me tocó estudiar en plena dictadura. Estudié en una época en que había que pagar hasta el último centavo. Yo pagué todo, sin ninguna beca y sin ninguna ayuda. Sin embargo, siempre he estudiado lo que deseaba, a pesar de que me decían que no había ninguna posibilidad de hacerlo. Yo he aprendido la resiliencia en mi familia y ya la tengo en el cuerpo. Aprendí a alcanzar lo imposible.

Llegué a la universidad y me fui a vivir a un hogar de estudiantes indígenas. Era un hogar que creó Salvador Allende y quedó de su época. Era un hogar mixto en el que había desde alumnos de básica

hasta universitarios. A nivel universitario, eran más hombres que mujeres, pero había muchas mujeres que estudiaban la Educación Media. Éramos todos mapuche y en ese hogar yo empecé a hablar *mapudungun* de nuevo. Los chicos hablaban, las niñas hablaban y en el patio empezamos a hablar libremente, a cantar y a reír nuevamente. Fue como reconstituirme. Me di cuenta de que no estaba sola y de que había más gente como yo. Era un mundo hermoso.

Fue entonces cuando empecé en la militancia. ¿Cómo fue que empecé? No es que un día pensara: «desde hoy día voy a militar», sino que desde que nací tuve que defenderme, políticamente, ideológicamente y a nivel personal. Lo que pasa es que las circunstancias se dieron. Me fui a Temuco a la universidad y había más chicos como yo, que teníamos necesidad de decir quiénes éramos. Y en ese «¿quiénes somos?» no entrábamos en la mirada negativa, sino que queríamos construir una plataforma para pensar cómo nosotros veíamos a nuestro pueblo y nuestra cultura. Éramos bien, bien idealistas entonces. Teníamos tanta necesidad de generar cohesión, que se formó un grupo de estudiantes universitarios indígenas y empezamos a reflexionar sobre nuestra situación como pueblo.

Cuando tenía diecisiete años, escribí mi primer artículo para la revista que creamos entre ese grupo de estudiantes. La escribíamos entre todos, la fotocopiábamos y se la vendíamos a los profesores. Los años de universidad fueron muy movidos; de hecho, tuve amonestaciones porque participé en una protesta muy grande que hubo el 1983. Llegó luego una carta a mi casa firmada por el rector en la que explicaba a mi padre que su hija estaba participando en movilizaciones políticas y que en la próxima amonestación sería expulsada de la universidad. Mi papá era relajado, y como él toda la vida se metió en política, entendía esa dimensión de mí. Ahora me pregunto cómo mis padres confiaron tanto en mí. No lo sé, pero confiaron absolutamente.

Después entré en la organización mapuche de aquel tiempo, *AdMapu* y empecé a participar en el grupo de teatro. Hacíamos teatro en *mapudungun* y salíamos a las comunidades a hacer obras de teatro en las que llevábamos la problemática del pueblo

mapuche: la división de las tierras, la dictadura, la pobreza... Todo lo interpretábamos en *mapudungun* y así íbamos haciendo una recuperación de la tradición oral de los cuentos mapuche. En las comunidades se emocionaban mucho porque los ancianos pensaban que la lucha del idioma ya estaba perdida entre los jóvenes; al vernos a nosotros tan jóvenes e interpretando esas obras, se decían; ¿qué ven nuestros ojos? Así nos transmitían a nosotros esa emoción, pero también la esperanza de la continuidad y nuestro compromiso fue cada vez mayor.

Aquello fue una escuela política para nosotros y asumimos la lucha contra la dictadura como si fuera pan de cada día. Aunque la represión era muy dura, nosotros no teníamos miedo, porque estábamos unidos.

La manera que teníamos de luchar era militando; formabas parte de un grupo que te cuidaba, que te protegía y que te indicaba el camino. Nos autoformábamos y nos íbamos apoyando mutuamente. Participé plenamente del proceso de la lucha contra la dictadura, pero con el paso del tiempo me retiré del partido político en el que militaba, porque no sólo resultábamos muy radicales en ese partido, sino que además éramos mapuche. De repente, no teníamos mucho que hacer en el partido y no nos mandábamos los discursos de Lenin y de Marx. Estábamos en la lucha mapuche y sólo participábamos en ese partido instrumentalmente. Mas tarde, participé del grupo que se separó del Ad Mapu. Ad Mapu era una organización indígena que luchaba contra la dictadura y la causa mapuche estaba hegemonizada por los partidos políticos de izquierda, el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), el Partido Comunista y los socialistas. Yo estaba en el grupo de los socialistas. Durante mucho tiempo estuvimos pensando cómo sacar adelante la organización, porque estábamos siendo atomizados; nos vimos fragmentados completamente por la derecha, por la izquierda de los miristas, por los socialistas y por los comunistas. El grupo de teatro con el que salíamos a hacer teatro en *mapudungun* nos hizo encontrarnos con las comunidades, y de repente nos encontramos que estábamos haciendo política con las comunidades en *mapudungun*, y así fue como nos liberamos de los partidos.

Nosotros aprendimos de la revolución nicaragüense, en la que finalmente los indígenas lograron una autonomía territorial; que la lucha indígena no era lucha de clases, sino que era una lucha por la autonomía política e ideológica. Nos dimos cuenta de que teníamos que reponernos y salir de la lógica de los partidos tradicionales. Así que empezamos a construir nuevos proyectos, pero basándonos en la confianza y la complicidad que habíamos desarrollado en los años de militancia en común. Seguimos construyendo, seguimos conversando y seguimos avanzando; nos fuimos de la organización del Ad Mapu y así fue como dejamos completamente la militancia partidaria y empezamos otro camino.

En 1989 llegó de visita a Chile el rey de España y nosotros formamos una Coordinadora de Pueblos Indígenas para tener una postura autónoma frente a la celebración de los quinientos años de la conquista de América. Cuando llegó el rey Juan Carlos I de visita, nosotros ya teníamos una posición autónoma y clara. Se reunió en Valdivia con las autoridades y nosotros hicimos una movilización grande y ahí nos convocamos nosotros a seguir avanzando en el crecimiento autonomista. A nivel de todo el continente se dio un posicionamiento fuerte del discurso indígena, del que nosotros participamos. Nos dimos cuenta, más que nunca, de la situación de pérdida y de retroceso en la que estábamos, así que el desafío para nosotros era continuar con la revitalización del idioma, la recuperación territorial, entre otras cosas.

Cuando nos salimos de Ad Mapu, primero formamos la Comisión contra el V Centenario y después creamos el *Awkiñ Wallmapu Gvlam*, el Consejo de Todas las Tierras. El Consejo de Todas las Tierras era una organización tradicionalista mapuche que reivindicaba las tierras, la organización tradicional y el idioma. En esa época estaba vigente el acuerdo de Nueva Imperial, que se había pactado con la llegada de la democracia con el presidente Aylwin. Se reunieron los partidos políticos para tomar una postura respecto a los pueblos indígenas y elaborar una propuesta de Ley Indígena. Nosotros fuimos críticos de la Ley Indígena porque no reconocía los derechos como pueblo ni preveía la ratificación del Convenio 169. Nosotros no queríamos ser subordinados de los partidos políticos, y por eso formamos el Consejo de Todas las Tierras.

Con el Consejo de Todas las Tierras hicimos el Tribunal Mapuche, que era una instancia de reflexión política que usaba la memoria oral para explicar cómo los pueblos indígenas habían ido perdiendo los derechos territoriales, culturales y lingüísticos. Yo llevé, cuando fui parte del Consejo de Todas las Tierras, el tema de la lengua y de la biodiversidad porque era muy relevante frenar la pérdida de la lengua que se estaba dando y tomar conciencia de la visión del mundo mapuche basada en el respeto por la naturaleza. Así empezamos una tarea de recuperación que empezó con una recopilación de la memoria oral. Todo ese trabajo yo lo dirigía y enseñaba a los compañeros cómo trabajar la memoria oral, cómo levantar la información y cómo sistematizarla. Éramos gente joven que salíamos a las comunidades a recoger las historias de cómo se perdieron las tierras y de cómo fue el dolor de la gente. Esas historias se convertían en casos que presentamos al tribunal mapuche, constituido por autoridades originarias y que nos permitían generar toda una reflexión respecto al derecho territorial, el derecho lingüístico y de conocimiento propio. En el primer tribunal mapuche presenté un caso sobre el *Ixofij Mogen*, la biodiversidad en la cultura mapuche. Más tarde Elicura Chihuailaf, el poeta, trabajó el tema y lo publicó en *Recado confidencial a los chilenos*. Hicimos mucho trabajo con los ancianos; nos encontrábamos con ancianos mapuche hablantes y entonces todas las reuniones eran en *mapudungun*. Eran encuentros intensos y profundos, que a una le exigían mayores competencias en la lengua mapuche, lo cual resultó ser un hermoso desafío.

En 1991, se abrió el debate de la necesidad de escoger la bandera mapuche. Empezaron paralelamente dos procesos: uno de creación de la bandera y el otro de recolección de datos de la memoria oral sobre la propiedad de la tierra y cómo avanzó su usurpación. Hicimos un trabajo documental de recuperación de títulos de merced, que daba cuenta de la cantidad de tierras otorgadas a los mapuche, y con la memoria oral reconstruíamos cuántas usurpaciones se habían dado. En esa época empezaron las recuperaciones simbólicas de las tierras. En el año 1992, creamos la bandera mapuche, que se llamó la *Wenufoye*. En el año 93 fue procesada la organización por asociación ilícita, por considerar

ilícita la bandera y la organización tradicional. En 1994, yo me salí de la organización y me puse a trabajar más en proyectos educativos que tenían que ver con la promoción de la lengua.

Despertar y conciencia del valor del *mapudungun*

Desde 1994 empecé a trabajar en proyectos de educación, trabajando para las comunidades, enseñando la lengua y haciendo textos para niños. La lengua se estaba perdiendo por desplazamiento, porque el castellano le fue ganando terreno debido al tema de discriminación. Se instaló en las comunidades que el idioma mapuche no era válido, que era un idioma del pasado y que el idioma no servía. Por otro lado, el genocidio que se aplicó con la guerra, es decir, esta manera de matar no sólo quemando las casas de la gente, sino también matándolos de hambre y con el alcohol, generó un desprestigio del pueblo mapuche. Desde entonces ha habido un desprestigio de todo lo que significaba ser indígena; no tenía valor ser indígena. La escuela siempre fue en castellano, la escuela siempre no consideró y no respetó ningún derecho lingüístico. Se instaló el castellano y los chicos que tenían que ir a la escuela tenían que sufrir ahí lo que significaba no saber hablar la lengua en la que estudiaban y ser castigados por hablar su propia lengua.

Yo estudié inglés porque no tenía muy clara mi vocación en términos académicos. Sabía que tenía mayores competencias para cuestiones humanísticas y me hubiera gustado haber estudiado historia, pero cuando postulé, no quedé debido a que me faltó el puntaje que exigía la carrera. En mi vida y desde chica jugaba y me divertía con las lenguas; para mí no era una tranca no hablar otro idioma; al contrario, sentía que lo podía hacer, era como una intuición. Cuando llegué a la entrevista en la universidad, mis profesores me lo confirmaron. Me preguntaron: «¿tú sabes *mapudungun*?». Cuando yo les dije que sí, me dijeron que era la segunda María Catrileo, una brillante académica de entonces que también había pasado por la misma universidad y con los mismos profesores.

Estudié cinco años inglés y en esos años estudié fonética, fonología, gramática, literatura inglesa, lenguaje y comunicación. Al estudiar inglés tuve que aprender de la cultura anglófona y eso me hizo darme cuenta de que yo tenía mi propia lengua; yo me preguntaba, ¿y cuándo vamos a estudiar mi lengua? Una vez, cuando estaba en cuarto año de universidad, había que hacer un trabajo en competencia oral de inglés. El encargo era hablar de Chile, y yo le dije a la profesora que hablaría de los mapuche. En aquel trabajo, mi profesora se dio cuenta de lo posicionada que estaba, y después ella misma me apoyó en mi camino y me fue presentando gente de la UNESCO para trabajar con ellos. Cuando terminé los años de facultad, en 1986, era muy complejo encontrar trabajo. Yo sólo encontré algunas horas, y además si te contrataban en los municipios, tenías que firmar un documento diciendo que no ibas a alterar una situación institucional del gobierno. Así que yo no lo hice. Busqué trabajo y no encontré mucho; sólo encontré reemplazos.

En 1985 yo había hecho una tesis en la universidad sobre comparación de dos tipos de frases, una mapuche y otra de inglés, y ya había entrado en el análisis lingüístico. Había empezado a trabajar levantando una información de diagnóstico en las comunidades sobre el aprendizaje y el estado de la lengua. Trabajé muy de cerca con Anselmo Raguileo, y la profesora que tuve en la universidad ya me había presentado gente de la UNESCO, lo que me ayudó a hacer redes. Me acuerdo que mis nuevos conocidos me recomendaron libros de lecturas. Así conocí a Esteban Mosonyi, que era uno de los sociolingüistas indigenistas de la época, una eminencia sobre temas indígenas. Para mí, eran lecturas iluminadas y me servían mucho para yo pensar en panoramas de la lengua indígena. Seguimos trabajando el teatro y yo seguí la investigación casi a nivel individual, aunque trabajando con otros colectivos; trabajé con Anselmo Raguileo, que tenía una propuesta de alfabeto, y con él empezamos a escribir y a presentar ponencias sobre los avances lingüísticos que estábamos haciendo.

En 1986, junto a Anselmo Raguileo y otra compañera armamos un proyecto de revitalización lingüística del *mapudungun*, que fue aprobado y financiado por una ONG Europea, pero lo perdimos.

Nosotras propusimos trabajar con las comunidades afiliadas al Ad Mapu, pero el intermediario de la ONG no lo aceptó; el tipo actuó como si fuera su trabajo e invitó a trabajar a otra gente que ni siquiera hablaba la lengua. El dinero de revitalización lingüística se usó en cualquier cosa, menos en el *mapudungun*. Así este intermediario acabó con el sueño de entonces de revitalizar el idioma. Debo reconocer que nunca había sentido tanto dolor por la pérdida de algo que veníamos construyendo de mucho tiempo atrás, y nos significó muchas cosas perder eso. Don Anselmo Raguileo terminó sus últimos años en la pobreza, enfermo y muy solo, cuando pudo habernos nutrido de saberes. Hoy pienso que si hubiéramos seguido con ese trabajo en los años ochenta, tendríamos el *mapudungun* unificado y tendríamos una lengua más posicionada con sus hablantes.

Trabajo de revitalización en los años noventa

Años más tarde, me surgió la posibilidad de irme por un curso a Holanda y me fui y seguí trabajando en esta línea, porque además yo era hablante. Mi estancia en Holanda fue muy interesante, porque fui a un curso de derechos humanos. Allí nos juntamos personas de diecisiete países de todo el mundo que tenían problemas de situaciones de derechos humanos. Era muy interesante, porque nosotros íbamos cada uno inserto en sus procesos y descubrimos que estábamos todos en el mismo punto, en luchas similares; todos prácticamente dábamos la vida por lo que pensábamos, éramos todos muy idealistas. Ese primer viaje fue un descubrimiento en términos de que yo sentí lo mucho que valíamos nosotros, nuestras causas, nuestras luchas y nuestras reflexiones, porque éramos como la continuación de la lucha de nuestros pueblos.

A la vuelta de mi estancia en Holanda, continué en proyectos relacionados con la lengua, pero en esos años era muy difícil mantenerse, porque no había fondos para nada. Todavía me pregunto cómo hacíamos para vivir, pero fue un tiempo donde había mucha entrega nuestra, y en realidad el cómo vivir lo resolvíamos colectivamente. Fue una linda etapa. Me dedicaba a dar clases de *mapudungun* en Chol Chol y seguía trabajando el tema de la lengua.

En 1991 comencé a trabajar formalmente para la Cooperación Italiana. Yo trabajaba voluntariamente en el Consejo de Todas las Tierras, y en eso me buscó la gente de la cooperación italiana porque querían trabajar con comunidades mapuche. Yo los invitaba a las comunidades, y como estaba muy involucrada y tenía formación, fui convocada a trabajar con ellos. Primero fui a una entrevista y les dije que yo era militante de una organización y que mi objetivo era siempre la búsqueda de la revitalización del idioma, así como la enseñanza de la lengua. Les dije que para mí era irrenunciable la organización, y que si ellos querían trabajar conmigo así yo aceptaba feliz. Yo no pensé que podía resultar, pero resultó y me dieron el trabajo. Recuerdo que con el primer pago que recibí, me compré mi vestimenta mapuche y mi joyería mapuche, compré hasta una medalla. Y ya con eso era feliz.

En 1992, me encontré con un antropólogo que había conocido cuando estaba saliendo de la universidad en el año 1986, Francesco Chiodi. Él conocía mi trabajo, así que me propuso trabajar juntos en investigación y hacer clases en la universidad sobre revitalización lingüística. Empezamos en la Universidad Católica de Temuco un curso colegiado y paralelamente empezamos a hacer investigación. De nuestra primera investigación resultó el libro, que publicamos en 1995: *Por una nueva política del lenguaje*. Después seguimos avanzando con Francesco y en 1999 sacamos un nuevo libro, *Crear nuevas palabras*, que es como expandir los recursos lexicales del *mapudungun*. En este proceso de trabajo académico al que me invitó Francesco, me ayudó en cuanto a apoyo académico y pude presentar mis trabajos académicos en ponencias, en seminarios y en congresos, aunque en alguna ocasión tuve algún problema, porque era muy arriesgada en mis planteamientos y mis posturas.

Durante ese periodo, trabajé con la Cooperación Italiana, la cual se había instalado en Temuco mediante convenio con la Universidad de La Frontera y el Servicio Regional de Salud. Creamos un proyecto de desarrollo sostenible para el sector de Maquehue, que aglutinaba a más de ochenta comunidades mapuche. Yo estaba a cargo del Programa de Educación Intercultural Bilingüe. Creamos una escuela comunitaria que era dirigida por la organización social, como siempre lo habíamos soñado. La organización social era

dueña de la escuela y ellos construyeron la escuela con mucho trabajo colectivo. Una de las primeras actividades con las que comenzamos la experiencia de Educación Intercultural Bilingüe fue un encuentro de poesía mapuche. Para el encuentro, los profesores llevaron a los chicos a investigar sobre la oralidad y los chicos recogieron oralidad de sus comunidades; recogieron los cuentos, los *epew*, y después escribieron cuentos y poesías vinculados a sus investigaciones. Se recogieron todos esos textos y después se hizo un libro; se publicó un texto muy bonito con el trabajo de los niños y luego cuando se publicó se le entregó a cada niño. Lo triste es que como en la comunidad había mucha evangelización, algunos niños, trajeron los textos rayados y tachados por los padres, en los que decían que esos eran textos del demonio. Aquel proyecto no pudo prosperar, porque la cristianización y la colonización de los padres era completamente ajena a un proyecto educativo bilingüe intercultural.

Nuevos tiempos, maternidad y migración

Cuando entró en vigencia en 1993 la Ley Indígena, en las universidades se crearon programas para formación de profesores para implementar la interculturalidad reconocida en la nueva ley. En la Universidad Católica de Temuco empezaron a formarse los primeros profesores bilingües, especialistas en interculturalidad, aunque no en la lengua. Siempre faltaron especialistas en lengua que los formarían, así que bastaba con que fueran hablantes de la lengua para ingresar a la carrera. Aquel proceso generó mucho trabajo y hubo una cierta efervescencia con el tema de la lengua. El Consejo de Todas las Tierras tuvo una postura fuerte contra el gobierno de la Concertación por su corte colonialista y de tutelaje de los pueblos indígenas.

En este tiempo se creó el Instituto de Estudios Indígenas de la Universidad de La Frontera. Me convocaron a presentarme para trabajar como académica y yo fui, pues el trabajo académico para mí es importante. Pienso que me aceptaron porque yo era una persona estratégica, por el hecho de tener un pie en las organizaciones mapuche. También inicié mi vida familiar, me

embaracé. Un día me despidieron del trabajo, aun embarazada: los derechos humanos no contaron para mí. Me fui, con mi pareja de entonces, a la casa y allí formamos una pequeña consultora y empezamos a trabajar proyectos de educación bilingüe juntos.

En 1995 tuvimos a nuestra hija y seguimos trabajando en educación bilingüe. Trabajamos para el Ministerio de Educación, para escuelas, para CONADI y para el CPEIP. Preparamos cursos de estrategias para la enseñanza del idioma; el Ministerio de Educación nos dio un registro y con esa inscripción ofrecíamos los cursos a los colegios, así los profesores que tomaban ese curso recibían certificación del CPEIP. También hicimos un proyecto general sobre cómo gestionar la educación intercultural bilingüe con trabajo a nivel nacional, y de aquello sacamos un libro llamado *Construyendo una Educación Intercultural Bilingüe para el pueblo mapuche*.

Después, hicimos un proyecto para Arauco y escribimos varios textos educativos: *Pichi Achawall* y *Arauco Epew*, entre otros. Años más tarde realizamos otro proyecto para Alto Bío Bío y luego trabajamos otro texto de cuentos *pehuenches*. Hicimos muchos trabajos sobre conocimiento tradicional y las directrices con elementos metodológicos para la enseñanza del idioma. Durante cinco años tuvimos un periodo muy productivo, pero en 1999 nos dimos cuenta de que a ambos nos gustaba la investigación y que no podíamos seguir haciendo cursos toda la vida, porque era una situación inestable y, además, no teníamos una institución que nos apoyase para hacer nuestras investigaciones.

El año 2001 me fui en familia a México. Yo me fui sin proyecto académico me llevé muchos libritos ya listos para enseñar y un currículum para buscar trabajo. En México, en el 2001, justo estaba toda la reforma educativa por la presión que había ejercido el Movimiento Zapatista y toda la efervescencia social que había traído. Se necesitaban personas con mi experiencia y mi perfil, y por eso encontré trabajo pronto. En esa época la educación bilingüe en México estaba tomando cuerpo y yo ya tenía un trabajo hecho en las comunidades que sirvió mucho para el caso de México. Mi trabajo era formar a profesionales que estaban trabajando en la Secretaría de Educación Pública y que salían a las comunidades a hacer

consultas de conocimiento y valores de los pueblos indígenas de México.

Después me inscribí en un programa de postgrado para estudiar lingüística en la Universidad Autónoma Metropolitana. En esta misma universidad, Enrique Hamel, un reconocido sociolingüista, me invitó a ser parte de un equipo de otra investigación para el sector Puerépecha, una lengua que está en el Estado de México. Entonces yo trabajaba y estudiaba, por eso me demoré mucho en mis estudios. En ese marco escribí cuatro textos más y seguí investigando. A finales de 2006 pude acabar mis estudios. La experiencia mexicana fue enriquecedora; yo allá nunca fui discriminada, más bien siempre fui muy valorada en términos académicos y en mi trabajo. Mi equipo de México estaba formado por gente sensible que ya venía de vuelta con todo el proceso de reivindicación de derechos de los pueblos indígenas.

Aprendizajes y apuestas sobre la educación bilingüe

Acá en Chile, lo que más me impresionó de Santiago fue el racismo. Mi llegada a Santiago fue muy compleja. No conocía a la gente y fui haciendo redes y juntándome con la gente de las poblaciones, pero me costó mucho encajar en equipos de profesionales. Intenté formar un equipo de trabajo profesional con no indígenas para presentar proyectos y tuve experiencias bien feas. Hasta una vez se llegó a cuestionar si yo había falsificado mi currículum. Creo que es una cuestión de racismo absoluto; me decían que tenía un «currículum abultado»: no podían creer que ese fuera mi currículum. El racismo invalida tus capacidades humanas.

Pero yo seguía produciendo. El primer año en Santiago me dediqué a elaborar un libro a partir de mi tesis de maestría. En ese tiempo salió el proyecto de Ley General de Educación, lo revisé y mi sorpresa fue grande cuando veo que no dice nada de lenguas indígenas. Yo venía de México, de trabajar todo el tiempo por las lenguas indígenas allá, y llego acá y no pasa nada, así que busqué gente y empecé a organizar, a convocar a otras personas que estaban en la misma línea, con las que podía empezar a trabajar el tema de la lengua indígena y planificar la incidencia en la nueva ley. Así

surgió, en 2007, la Red de Derechos Educativos y Lingüísticos de los Pueblos Indígenas de Chile.

Paralelamente, cuando estaba organizando la red, una organización mapuche de La Pintana me ubicó y me dice ¿sabes? tenemos una organización donde hay varios educadores que quieren enseñar lengua, pero no saben la estrategia de cómo enseñar la lengua. Así que me fui a trabajar con ellos en La Pintana. También trabajé en la elaboración de unos micro, programas radiales, invitada por una amiga que tenía un programa de radio, en Radio La Vanguardia, en Cañete, así que estuve trabajando en generar aquellos programas radiofónicos para la promoción del *mapudungun*.

En 2008 me convocó el ministro de Educación para trabajar en el programa de EIB. Yo me presenté y me aceptaron. Estaban preparando los programas de enseñanza del idioma; habían licitado la enseñanza del idioma en la Universidad Católica, pero no habían avanzado porque no había una metodología de cómo hacerlo. No tenían una mirada metodológica de cómo encauzar la enseñanza del idioma, y por eso me propusieron hacer esa consultoría. Estuve trabajando para el Ministerio de Educación durante ocho meses; me asignaron un computador, una oficina y empecé a escribir, a escribir, a escribir, y sin insumos, porque ellos habían recogido insumos anteriormente, pero no me los pasaron porque no los consideraron relevantes. Trabajé sin parar con todo el bagaje que tenía de mi trabajo anterior, y en ocho meses escribí cuatro programas de enseñanza del *mapudungun*.

En ese periodo, se abrió un llamado a concurso público donde necesitaban profesores para el Departamento de Educación de la Universidad de Santiago (USACH), y aunque yo no tenía muchas esperanzas, me presenté y fui aceptada. En 2009 me vine a trabajar a la USACH para apoyar el programa del doctorado de Ciencias de la Educación con Mención Intercultural, que se estaba levantando en la universidad. Aquí empecé a relacionarme con el nuevo profesorado, encontré una institución que te da el nombre y con eso ya puedes operar. En 2009, empecé a hablar como Elisa Loncon, de la Universidad de Santiago, y de repente se empezó a empoderar mi nombre.

Red de lenguas indígenas de Chile

Con el fin de hacer incidencia para la protección y educación en las lenguas indígenas, empezamos a convocar a diferentes pueblos indígenas en Santiago, generamos una propuesta de trabajo y creamos la Red EIB Chile en 2007. La red es una instancia de personas indígenas, de diferentes pueblos indígenas, pertenecientes a la sociedad civil que nos organizamos para demandar los derechos lingüísticos en la legislación educativa de Chile y de la sociedad, y para avanzar de manera conjunta en la enseñanza de la lengua originaria. En 2010 iba a tener lugar el Bicentenario y estaba previsto en el programa de la celebración un congreso de la Real Academia de la Lengua Española en Santiago. Desde nuestra Red decidimos hacer nuestro propio Congreso paralelo y lo convocamos para 2010. Teníamos que celebrarlo en marzo de 2010, pero vino el terremoto y se cancelaron los dos congresos. Sin embargo, el Congreso de las Lenguas Indígenas decidimos posponerlo y celebrarlo en julio, y así lo hicimos. El congreso de la Real Academia nunca se hizo.

En ese primer congreso resolvimos tres cosas importantes: uno, posicionarnos con el tema de los derechos lingüísticos como derecho humano; segundo, que la gente entienda la dimensión humana que tiene el lenguaje y que si tú no tienes la posibilidad de hablar tu lengua, se te niega tu creatividad y tu construcción humana; y, tercero, lo más importante para revitalizar las lenguas indígenas es la lealtad lingüística. Nos parecía importante posicionar estos tres temas de debate, y por otro lado decidimos hacer un proyecto de ley de derechos lingüísticos para defender las lenguas. Los jóvenes se dieron cuenta de que el debate sobre los derechos lingüísticos no estaba instalado acá en Chile y que se estaba haciendo educación intercultural bilingüe basada en las prácticas culturales y no en la lengua. Hasta ahora hemos hecho tres congresos, hicimos una serie sobre lenguas indígenas, un conjunto de videos de promoción social de los idiomas, tenemos el proyecto de ley en el Congreso y seguimos trabajando en el tema de la enseñanza. Paralelamente, se han generado otros grupos de revitalización lingüística. Por ejemplo el *Kom Kimapuduguyiñ*

Waria Mew, que son urbanos de acá de Santiago con quienes compartimos materiales y metodologías de enseñanza

El trabajo de promoción de la lengua es importante, porque la lengua registra la cultura tradicional, y si quieres conocer la historia y los saberes tradicionales, tienes que trabajar con la lengua de manera insoslayable; toda la reflexión y toda la memoria está en la lengua, entonces no hay otra alternativa que trabajar en la lengua. Tenemos problemas todavía con la estandarización del idioma *mapudungun* porque hay tres maneras de escribirlo distintas y faltan recursos económicos para socializar la importancia de la producción de la lectura y de la escritura. Hay sólo un 12% de hablantes, y por eso tenemos fuertes demandas a nivel de la política lingüística. Por otro lado, la realidad del *mapudungun* en la ciudad es bastante precaria, aunque hay hablantes. La sorpresa linda que me he llevado es que hay hablantes que tienen más de setenta años que han hecho todo un trabajo de revitalización lingüística, tanto en los hogares como en la sociedad en general.

El futuro del *mapudungun*

El lugar del *mapudungun* en las reivindicaciones del pueblo mapuche está empezando a ser destacado. Hoy hay una conciencia más fuerte en las organizaciones sociales que tienen un vínculo con los adultos, aquellas que todavía escuchan a los mayores, como es el caso de Galvarino, donde están las autoridades originarias liderando el proceso. Sin embargo, en lugares donde están muy activos en la recuperación de tierras, como en Ercilla, todavía no aflora la lengua. No aflora la lengua porque la gente está recuperando la tierra, pero no el idioma, y no lo ha puesto en el discurso. Yo creo que ahí hay un divorcio entre el joven impetuoso y el saber del anciano que queda, y el de las mujeres que queda subsumido. Acá en la ciudad tiene fuerza también porque estamos con la colonización muy fuerte.

El futuro inmediato de nuestra lengua no me preocupa, porque no creo que el *mapudungun* vaya a desaparecer, porque es un elemento constituyente de la identidad. Estamos haciendo un trabajo que está teniendo resultados, y aunque son pocos, tenemos

neohablantes, tenemos gente que está dedicada a la enseñanza y que está también reivindicando espacios epistémicos para que las universidades cambien e incorporen otras lógicas y asuman cómo funciona el conocimiento y la sociedad mapuche. Creo que hay un cierto avance porque el indígena ha sacado la voz con mayor formación académica. Está el caso que a mí me toca por ejemplo y que les toca a varios más.

Yo he sido perseverante, y entre las metas que yo quiero alcanzar en la vida es que se enseñe el *mapudungun* en la universidad y que se formen profesores para que enseñen los idiomas indígenas, porque ya se puede incorporar el idioma a la sociedad. Hoy, en el caso del *mapudungun*, muchos lo hemos levantado, lo hemos prestigiado y ya no es una lucha que se detenga. Ocupar los espacios implica también que las universidades se ocupen de enseñar estos idiomas que son originarios. Yo creo que vamos a llegar en el futuro; pero tenemos que formar especialistas, tenemos que formar lingüistas, tenemos que formar metodólogos, y así la historia será distinta.

Las mujeres tenemos mucho que complementar al hombre en términos de la lucha. La lucha del pueblo mapuche siempre ha aparecido como la lucha de hombres, al menos lo que ha narrado es que los grandes líderes siempre fueron hombres y que las mujeres nos fuimos quedando de lado pero no es cierto. Las mujeres están enseñando idioma, las mujeres están reivindicando comidas tradicionales, trabajos tradicionales y la medicina ancestral. Las mujeres han hecho y hacen un trabajo de hormiga de mujeres. Por otro lado, yo creo que hay que posicionar a la mujer indígena triplemente discriminada, por ser mujer, por ser indígena, y por ser económicamente pobres. Hemos tenido que luchar con el estigma de la sociedad. Si hemos alcanzado metas personales, ello se debe a nuestra perseverancia y a que hemos resistido la discriminación.

Nosotros tenemos que luchar contra los estigmas que nos impone la sociedad, pero por otro lado la cultura mapuche es muy generosa en cuanto al rol de la mujer. Yo me he encontrado con cuentos hermosos donde las protagonistas son mujeres, en los que las mujeres tienen el poder del agua, de los ríos, de la montaña o del mar. Siempre cuando trabajo con mujeres las hago reflexionar

sobre el punto ¿cómo hemos llegado a un aminoramiento social donde el único rol que tenemos es de empleadas, frente a ese rol tradicional donde las mujeres tienen belleza, tienen creatividad, tienen generosidad y tienen fuerza? En ese sentido una mujer indígena tiene la misión de fortalecer su propia búsqueda identitaria y reivindicarse en su rol fuerte que tiene en la cultura, e ir más allá de los roles que te ha dado la sociedad chilena.

